



REVISTA SEMANAL.

AÑO 2.º—NÚMERO 33.

PUNTOS DE SUSCRICION.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España; franco de porte.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada:—1876.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

El frío, por Don Bernardo Lopez García.—Una herencia de llanto, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—A los individuos de la Real Sociedad Económica de Amigos del Pais, poesía por Don Francisco Jimenez Campaña.—Solo un Dios y solo un culto, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Una Imagen de la Virgen.

EL FRIO.

Cuando en las altas horas de las noches de invierno sentimos escaparse de los salones sin tusos las melodias divinas de los conciertos de Weber; ó los ecos hirvientes del baile, no podemos menos de exclamar... el invierno es la época de los placeres.

Però si á la luz que se escapa de los salones contemplamos algunas de esas estatuas inmóviles de la miseria; que reclaman nuestra misericordia; si vemos algunos de esos grupos que hacen meditar y sentir; si escuchamos una voz que no tiene fuerzas para llorar y vemos una mano que tiembla al dirigirse á nosotros, entonces transformamos el período anterior en el siguiente: «el invierno es la época del dolor.»

Y efectivamente; hay en el frío algo que desconsuela, algo que hace sentir.

Él, derriba las hojas de los árboles y contiene el canto de los pájaros; él se introduce en los harapos del mendigo y turba el sueño del niño que no tiene otro hogar que aquellos pobres brazos; él luchando con los rayos del sol, parece que se opone á la misericordia; él, en fin, enemigo de la juventud; murmura al secar una esperanza con la muerte:.... ¡yo soy la indiferencia!

Però si el frío es malo en la naturaleza, es terrible en el espíritu.

Una mujer de corazón frío no puede ser ni madre ni esposa; el ángel del amor no fermenta con hielo, sino que gira como las mariposas al rededor de las llamas.

Guardad el frío en el corazón y sereis rencorosos; el rencor es la ausencia de la caridad y la caridad se abrasa en el amor á Jesucristo.

Muchos seres son desgraciados por haber puesto el ardor de sus corazones en almas heladas; Larra entrega su alma de fuego á un corazón frío; el choque con aquel elemento contrario le arrancó un grito de dolor, y con él la idea del suicidio.

Safo, enamorada de Faon, quiere en vano esculpir en aquel alma de mármol el rayo de su génio: el mármol no cedía, y la poetisa de Atenas se lanzó á la muerte, buscando el olvido en sus eternas sombras.

Los peores criminales son los que tienen frialdad de raciocinio.

Mesalina, Cleopatra, Neron, Atila, todo ese mundo de fantasmas que pasan por los tiempos con el puñal en la mano ó con la culpa en la frente, tienen algo que atenue sus crímenes; la pasión los impulsaba, y la pasión deslumbra.

Luis XI, Gesler, Collot d'Hervois, inspiran odio y espanto á un tiempo mismo; matemáticos del crimen, han medido sus efectos y no se han horrorizado; con los ojos fijos en su alma no han sentido horror al ver levantarse los negros fantasmas de sus maldades.

Un asesino apasionado es capaz de arrepentimiento; la pasión es muchas veces una careta que cubre el crimen; cuando esta careta cae, el criminal comprende y se revuelve en el remordimiento: de ese remordimiento puede brotar la palabra,... ¡perdon!

Un criminal frío no es susceptible de aspirar al bien; comprende la maldad y vive abrazado á ella como la vil meretriz al asesino cuya historia conoce.

Un hombre sin vida en el corazón inspira lástima: pero una mujer de corazón frío inspira odio.

En la mujer la pasión, que es fuego, es la mitad del alma; apagad este fuego y aquel espíritu quedará sin equilibrio.

Por eso en toda mujer hay un génio; por eso en toda madre hay una artista.

Todos los poetas del mundo no podrían hacer un poema tan sublime, como el que hace una madre llorando sobre la tumba de su hijo.

El arte se nutre en el sentimiento, y el sentimiento maternal es un gran foco donde resplandecen todas las bellezas morales.

María llorando al pie de la cruz, completa la revolución que realiza en el mundo el cristianismo.

Algunas almas que resistieron á la doctrina del hijo no pudieron luchar con las lágrimas de la madre.

Por eso me fastidian las mujeres razonadoras; la razón es fría, y una mujer que piensa con frialdad es un hombre con formas equivocadas.

El sentimiento, pedestal del génio, es un fuego profético que se realiza en el alma.

La mujer vive del sentimiento; el poeta vive del sentimiento; la mujer y el poeta tienen, pues, algo de sinónimos.

Comprendase bien que hablo de los verdaderos poetas y de las verdaderas mujeres.

Apoyado en estas ideas, entiendo que es imposible esa revolución cuya primera y única bomba ha soltado una literata de los Estados Unidos.

Pretende que la mujer adquiera derechos políticos y civiles. Semejante pretensión es un delirio, que no merece ni aún siquiera desprecio.

La mujer no necesita hacer revolución; la viene haciendo desde el Calvario; pero esta revolución se realiza en la familia y se lleva á cabo por el cariño.

Sacad la mujer á la sociedad, educad su inteligencia, que es la parte, á espensas del corazón, que es el todo, y habreis fabricado un monstruo social.

Yo creo que la insigne renovadora quedará sola en su empresa; las madres cristianas no comprenderán su idioma, y al cabo tendrá que pretender para sí alguna plaza de mérito, en las oficinas de la república.

Pero volvamos al asunto.

El frío es un enemigo terrible: mirad si no, un corazón frío. ¿Qué podeis esperar de él? hielo; mirad una cabeza fría, sus ideas serán carámbanos; el talento, el sentimiento, el génio, el amor, todas las grandes pasiones, todas las grandes ideas, necesitan fuego para germinar en el alma; donde no hay calor no hay vida; por eso el escepticismo que es frío del espíritu, equivale á la muerte del sentimiento moral, que es la vida del alma misma.

Al apuntar estas ideas tengo frío.

Esta palabra me hace estremecer; todo lo glacial me espanta, sobre todo cuando recuerdo que la muerte es fría!

El termómetro del tiempo vá marcando sucesivamente los pasos que damos por la vida; cuando marca cero, la tumba nos cierra el paso.

Muchas veces he oído decir que en el sepulcro hace frío; los poetas hablan mucho del frío de las tumbas; el interior del sepulcro es un problema; solo aparecen en su fondo como verdades «los que no perdonan,» segun la horrible frase de Job, aludiendo á los gusanos de sus heridas.

De la sombra fría del escepticismo, brota ese arcángel del puñal que se llama crimen.

Dirigid hacia esas sombras la luz de la creencia: iluminad sus tinieblas con el rayo de la verdad: esculpid la figura amorosa de Jesús en esos corazones de mármol que no comprenden la esperanza, y vereis como el rayo divino deshaciendo las heladas nieblas de la duda, vivifica aquellos espíritus, calabozos antes, donde rugía la desesperación.

El amor á la patria se nutre con el fuego del entusiasmo; el amor á la virtud con el fuego de la fé; el amor á la familia con el fuego del amor mismo; el amor á la religion, con el fuego de la creencia.

Sed indiferentes, y sereis frios, no sequeis las lágrimas del infortunio, y sereis frios, abandonad los afectos de vuestra alma, y sentireis el soplo de la muerte en vuestros corazones.

Desgraciado aquel que al sentir el dardo de la pena encuentre tinieblas en su espíritu, porque aquellas tinieblas serán la boca de la desesperacion.

Bienaventurados los que al llorar sientan templanza en el alma, porque en aquella templanza encontrarán las flores del consuelo.

Moisés, Jeremias, David, Salomon; todo ese mundo de génios que desde la mañana de la vida lanzan su mirada hasta más allá de las sombras de la tarde, todos se han inspirado en el rayo de la profecía, y el rayo profético es una chispa desprendida de Dios.

Los grandes tiranos, los grandes criminales, han sido malos porque el frio de sus conciencias ha sofocado en ellas la luz del sentimiento religioso.

El miedo es frio, porque es supersticion, y la supersticion es falta de luz.

El remordimiento es una ráfaga de fuego que al pasar por una conciencia helada, le arranca una molécula, y con ella un grito de dolor: cuando la conciencia se deshíela, el criminal se arrepiente, y la pecadora puede enjugar con sus cabellos los piés del mártir, y el asesino puede llegar hasta la misericordia de Dios.

El puñal de Virginia, el puñal de Bruto, el puñal de Guzman el Bueno: hé aquí tres puñales, que se han templado en el rayo de grandes ideas.

El de Virginia, en el amor á la honra; el de Guzman en el amor á la patria; el de Bruto, en el amor á la libertad, ¡quítad el fuego de la inspiracion á estos tres mártires, y encontrareis tres criminales.

Jesucristo esculpió su doctrina en las turbas con el fuego de la parábola. Los escribas no lo entendieron porque sus espíritus estaban frios; aquellos sepulcros blanqueados, como dice la Escritura, llevaban en sí las sombras de la muerte: el fuego divino no pudo disiparlas, y la cruz se levantó sobre el Calvario; las turbas que resistieron á la palabra santa cayeron de hinojos ante la sangre del cordero que fecundó las corrientes de la vida.

El calor es la esperanza; el frio es la desesperacion. Cuando la desgracia nos ha herido re-

petidas veces, recordamos las lágrimas y suspiros por ellas; ¡quién pudiera llorar! ¡hé aquí la frase terrible de los que han agotado el llanto!

Sin embargo, si el dolor es de nieve, la fé es de fuego: dirigid el rayo de la fé sobre la pena, y la pena se derretirá dando paso á un raudal de esperanza.

¡Tengo frio! Esta frase nos espanta en boca de un mendigo. ¿Por qué? porque el frio se parece á la indiferencia y nosotros tan indiferentes, buscamos la caridad en todas partes, quizá por no buscarla en nosotros mismos.

En resumen, hace un frio terrible; pero en cambio en el verano hará un calor espantoso.

Las estaciones marcan sucesivamente los pasos que damos por la vida; si el frio y el calor no nos entretuviesen pensando en sus efectos, nos preocuparia el tiempo; esa ola constante, que nos vá tragando poco á poco.

El deseo de la primavera nos hace anhelar que el tiempo vuele. Deseamos contemplar de nuevo las flores, los musgos y las hojas, sin pensar en que esas galas del tiempo marcan la impasibilidad con que el destino nos conduce á la muerte.

Por fin, la primavera llegará; y entonces esperaremos el verano; el calor del verano nos hará pensar con delicia en el invierno, y éste de nuevo en la primavera.

Las estaciones son juguetes que entretienen al hombre, en su breve peregrinacion desde la cuna al sepulcro.

Bernardo Lopez Garcia.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(Continuacion).

—Que mi protectora, la sola persona que ha velado por esta pobre criatura sin madre ni amor: la que me ha enseñado á conocer el bien y el mal; la que me ha consolado, si mi padre me maltrataba, apaleándome como á un perro abandonado; mi ángel custodio, mi providencia, mi señorita, en fin, es desgraciada, y yo voy á volverle la felicidad, voy con una palabra á pagar todo el bien que me ha hecho.

—Qué quieres decir? preguntó Armando con anhelo.

—Oh, señor! yo sé la causa que le impulsa á V. alejarse de estos sitios, yo sé la causa que le ha obligado á volver á ellos despues de doce años de ausencia!

—Qué lo sabes tú!

—Ay de mí! sí, por mi desgracia!

—Y cómo....?

La niña vaciló un instante: despues se acercó mas á Armando, que la miraba asombrado, y cruzando las pequeñas manos sobre el pecho, se dejó caer de rodillas á sus piés.

—Qué haces? la preguntó el jóven intentando levantarla.

—Ocupar el lugar que me toca aquí.

—Pero....

—Y no me levantaré de él hasta que V. me perdone.

—Á tí, niña? pero qué ofensa puedes haberme hecho tú?

—La de haber sorprendido sus secretos, la de haberme introducido en su casa para....

—Para qué? habla! tu situacion es demasiado critica para que te burles de mí.

Todos aguardaban con ansiedad las palabras de aquella pobre niña, cuyo semblante revelaba tan profunda afliccion.

—Burlarme! ay de mí! pluguiera á Dios!

—Pero, en fin...?

—Yo he leído la postrera carta que una madre moribunda, la condesa de Fuensanta, dirige á su hijo ausente, señor!

—Cómo! y te has atrevido...?

—Oh! perdone V., perdone V. y dé gracias al cielo por ello, pues de este modo solo, puede V. saber que D. Diego de Avendaño es inocente del crimen que V. supone.

—Mi padre! gritó Adriana acercándose á Andrea con ímpetu; y quién ha supuesto...?

—Oh! señorita, su padre de V. aparece á los ojos del señor Armando, como el asesino del suyo, y en todo esto hay un misterio terrible, porque las apariencias le acusaban!

—Estás segura de lo que dices? preguntó con afán Armando.

—Tengo las pruebas en mi poder.

—Oh! dámelas, dámelas pronto; no sabes que vá en ello mas que mi vida?

—En todo esto hay una equivocacion que yo voy á desvanecer con una palabra.

—Pero esas pruebas....

—Ellas volverán á V. y mi noble señorita la dicha y la paz, destruyendo al abismo que los separa, porque ellas demuestran que otro.... otro fué el asesino del conde de Fuensanta.

—Y ese otro...?

—Para él le pido gracia, para él le pido oylido y perdon!

—Dios mio.

—Oh! yo bien sé que ha sido V. inflexible antes: yo bien sé que se sacrificaba su ventura por no

perdonar.... y sin embargo, lo que no ha hecho V. por sí mismo, hágalo por una pobre criatura que le suplica llorando que perdone á su padre!

Armando dió dos pasos atrás y contempló un instante á Andrea.

Ésta sacó de su pecho un gran relicario, lo abrió y separó de su fondo un papel plegado en muchos dobleces, oscuro y ajado por la presion continua de tantos años, y lo alargó lentamente á Armando, que le tomó estremecido y pálido.

El jóven le recorrió con anhelo, y durante su lectura, en su varonil y simpático semblante se reflejaban las mil emociones que se sucedian en su alma.

Cuando acabó la lectura de aquel escrito un gemido ahogado le hizo bajar la vista, y encontró aun á Andrea con la frente inclinada y llorando á sus piés.

Por un movimiento involuntario separó sus ojos de ella y quiso alejarse; pero al ir á hacerlo, otra niña, otro ángel, de rodillas tambien, gemia y suplicaba á su lado.

—La señorita de Enriquez! murmuró Armando; oh! tambien ella viene á suplicar por su padre.

—La señorita de Enriquez, no: la pobre Arabela, la niña perdida, tu hermana que te vuelve á encontrar.

—Cielos! mi hermana! luego ese hombre....

—Ese hombre me ha tenido á su lado durante doce años; doce años que he pasado por su hija y que yo le he llamado padre.

—Margarita! gritó Carlos acercándose á la jóven rápidamente; Margarita, qué dices?

—La verdad: oh! Carlos, recuerda las circunstancias de nuestra vida y verás que no me equivoco.

—Las circunstancias de nuestra vida....? Mi padre te trajo á casa niña, muy niña, cuando mi madre había ya muerto hacia mucho tiempo; dijo que eras mi hermana; pero una hermana misteriosa, sin derecho á su herencia ni casi á su nombre.

—Ya lo ves, Carlos, ya lo ves tú tambien Armando.

Rafael, Doña Maria y Adriana presenciaban esta escena, esperando con afán su desenlace, pero sin pronunciar una sola palabra, por no interrumpir la rapidez de las aclaraciones.

(Concluirá.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á LOS INDIVIDUOS
DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS.

LA PATRIA.

Patria! luz de mis ojos, suave aliento
Del hombre que en tí sueña noche y día;
Recuerdo y esperanza, grato acento
Que lleva al corazón dulce ardimiento,
Himno de gloria, amor del alma mía.

La hada eres de inmenso poderío
Que tiene hechizo que á mi pecho cuadre;
Que eres el sol, el templo, el claro río,
La lira del poeta, el mármol frío
Del sepulcro, el hogar y eres mi madre.

Sol que esparce la rubia cabellera
Las nubes dibujando con su brillo,
Y que pára su lúcida carrera
Ansioso de mirar de la alta esfera
Los cuadros de Velazquez y Murillo.

Templo que eleva hasta el cénit la frente
De Dios guardando el misterioso arcano,
Y en cuya nave, cual rumor de fuente
Se oyó á Teresa el canto, y do potente
Tronó la voz del Ciceron cristiano.

Río flévil, espejo de la luna,
Que corre entre los sauces y espadañas,
Imágen de la aligera fortuna,
Y que sonoro cuenta una por una
Del Cid y de Pulgar altas hazañas.

Liras de Calderon y de Cervantes,
Que vienen á pulsar con harto empeño
Del Tamesis y el Rhin génius brillantes...
Y sus cuerdas responden suspirantes
La vida es delirar, la vida es sueño.

Sepulcros do los muertos de otra era
En nocturna reunion buscan recinto,
Y allí exponen su cuita lastimera
Ante los manes de Isabel primera
Y la sombra inmortal de Carlos Quinto.

Santo *hogar* do al calor de roja lumbre
En las noches de invierno silenciosas
Aprendimos la dulce mansedumbre
Que Jesus enseñó á la muchedumbre
En parábolas fáciles y hermosas.

Madre, que con su sangre bendecida
Y en los besos de amor que el alma entraña,
Nos dió la fé cristiana con la vida
Diciendo al par al alma estremecida,
Que la Madre de Dios, Madre es de España.

Patria! luz de mis ojos, yo te adoro,
Reina de majestad, sábia y potente,
Los hijos que en tu amor hallan tesoro
Manto te guardan de escarlata y oro,
Besa su noble, generosa frente.

Francisco Jimenez Campaña.

Granada 27 de Noviembre de 1876.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

Y así era sin embargo; porque la situación que la rodeaba era triste y sin igual en demasía.

Su afán de hallarse al lado de Ricardo, su anhelo de conocer al padre de Fanni, la habían impulsado á aceptar con alegría el ofrecimiento de ésta; pero una vez en aquella casa, una vez cercano el instante de conseguir su objeto, la infeliz temblaba y hubiera querido volverse atrás, permaneciendo en su incertidumbre.

Fanni la condujo á su tocador, dando orden de que no avisasen al banquero su llegada, y que las dejasen á solas con su doncella.

Por un sentimiento de delicadeza infinita, la joven había escogido el traje que ella y Elena debían ostentar, de una elegancia irreprochable pero de una sencillez escesiva.

Un vestido de muselina blanca, adornado de una guirnalda de rosas blancas también, con un prendido igual para el cabello, le componían únicamente.

Los pendientes, las pulseras y el medallón del cuello, eran de oro y perlas, pero de una forma maravillosa.

Elena, al pisar el aposento de Fanni quedó asombrada, puesto que, como ya hemos dicho, nada podía darse de mas rico, ni mas suntuosamente alhajado.

María, la doncella favorita de la hija del banquero, se encargó de peinarlas y vestir las, y en breve el tocado de ambas jóvenes quedó terminado.

—Es particular! exclamó María cuando vió á las dos jóvenes con el mismo traje y con igual adorno.

—El qué? preguntó Fanni.

—Venga V., señorita, póngase aquí con su amiga delante del espejo.

—Y bien? ya ves que Elena está bellísima.

—Sí; pero al verlas juntas parecen Vds. hermanas: se asemejan como una perla á otra perla igual.

—Aduladora! como sabes cuánto la amo, quierres halagarme de este modo.

Elena, por su parte, habia seguido la indicacion de María, y al ver su imagen reproducida en el cristal junto á la de Fanni, su corazon habia latido con violencia, no quedándole ya duda de que aquella niña era su hermana.

El inocente deseo de la hija del banquero habia servido para aumentar aquella semejanza de que hemos hablado antes.

Y luego, estaban las dos tan bellas!

Se avenia tan admirablemente su juventud y su hermosura, con su sencillo y elegante adorno!

Fanni estaba llena de alegría contemplando á su amiga.

En aquel alma tierna y pura no cabia una sombra de egoismo ni envidia, y lejos de inspirarla celos la encantadora belleza de Elena, se complacia en verla y gozaba admirándola.

Ésta se hallaba muy turbada.

La impaciencia y la agitacion que la dominaban, prestaban á su fisonomía una animacion desusada en ella, y teñian sus mejillas de un subido color, que la daba nuevo encanto.

Juntas pasaron algun tiempo, hasta que un criado vino á anunciar que el banquero las esperaba en el comedor.

Elena se estremeció y su mano tembló entre la mano de Fanni.

—Comeremos en familia casi, la dijo ésta; no te inquietes, que solo habrá dos ó tres amigos de mi padre; gente de la Bolsa, que pensando en el tanto por ciento apenas se cuidará de nosotros.

—No.... si yo....

—Te comprendo; como vives tan retirada te turba el presentarte entre personas desconocidas; pero ya te he dicho que mi padre es muy bueno, y que te ama ya sin duda por lo mismo que yo te amo.

Fanni se levantó, dió el brazo á su amiga y dijo al criado:

—Anuncie V. que le seguimos.... Ah! preguntó despues; está tambien Ricardo con mi padre?

El criado respondió afirmativamente, y su respuesta hizo latir el corazon de las dos niñas.

—Oh! vas á conocer al hombre que amo, dijo Fanni al oído de su amiga; fijate en él para que me des luego tu opinion y.... Dios quiera que no sea esta muy severa. Qué feliz soy esta noche, colocada entre los dos seres que son mi vida, y teniéndote á tí á mi lado.

La pobre Elena sintió algo que la oprimia el corazon; pero pidió al cielo que sostuviese su valor, y se adelantó por el corredor apoyada en el brazo de Fanni.

Cuando las dos niñas aparecieron á la puerta del comedor, las conversaciones se suspendieron y todos se levantaron para saludarlas.

—Padre mio, dijo Fanni adelantándose entre todos; padre mio, te presento á mi mejor amiga, á quien tú deseabas conocer.

Héctor dió algunos pasos.

Fijó su mirada en la niña, miró tambien rápidamente á su hija, y tendió la mano para estrechar la que Elena le presentaba.

Pero aquella mano temblaba.

El banquero habia palidecido densamente, y su emocion era tal que no halló una palabra que dirigir á la recién venida.

Nadie, sin embargo, reparó en su turbacion.

Entre tanto, la mirada de Fanni habia buscado á Ricardo, que á su vez las contemplaba con un embarazo visible.

La niña, sin embargo, no le dirigió una sola frase, pues enmedio de personas extrañas se resignó solo á confundirle en el saludo general.

La comida empezó, pues, llena de cordialidad y franqueza.

Como habia dicho muy bien Fanni, los comensales de su padre eran hombres de negocios, y despues de los cumplidos mas precisos, no fijaron mas en ellas su atencion.

En cuanto á Héctor, la práctica de la vida le habia enseñado á dominar sus emociones, y aun que en aquel momento fuertemente impresionado, nadie podia notar las ideas que dominaban su mente, ni los sentimientos que hacian latir su corazon.

Su sonrisa era tan fina como siempre; sus modales tan escogidos y sus frases tan oportunas.

Solo Fanni notó que retiraba los platos sin haberlos gustado, y que aunque servia á los demás, él no acercaba á sus labios manjar alguno.

Pero la niña dió á esto poca importancia; estaba alegre, hablaba tranquilamente, ¿qué mas se podia desear para convencerse que era feliz y que gozaba perfecta salud?

Elena tambien se hallaba muy conmovida; pero á eso no necesitaba Fanni buscarle una explicacion. Su amiga vivia retirada en su modesta casa, no frecuentaba sociedad alguna, y aquel dia se presentaba por primera vez en un círculo mas elevado que en el que hasta entonces habia vivido; ¿á qué, pues, buscar otra causa á su turbacion?

Fanni se hubiera sentido feliz si Ricardo la hubiese mirado con la ternura de otras veces, colmándola de iguales atenciones; pero Dervil, contra su costumbre, hablaba poco y parecia contrariado.

No es extraño que la niña ansiase ver termi-

nada la comida, en que tantas personas extrañas la obligaban á guardar alguna reserva, y á no manifestar sus impresiones.

Al fin los postres se sirvieron y pasaron al gabinete para tomar el café.

En aquel momento la hija del banquero halló medio de acercarse á Ricardo y dirigirle algunas palabras, á las que el jóven contestó á su vez, fijando en Elena una mirada expresiva y diciendo despues:

—Yo ignoraba que iba á tener la satisfaccion de encontrar á V. aquí.

—Ah! conocia V. á esta señorita?

—Sí: hace tiempo tuve el honor de ser presentado en su casa por uno de mis mejores amigos, á quien distingue muy particularmente.

—Nada me habias dicho; exclamó Fanni dirigiéndose á Elena.

—Yo ignoraba.... no podia sospechar que tú...

—Sin embargo, creo haberte hablado de este caballero, y aun de haberte hecho fijar la atencion en él hace poco.

—Perdona, Fanni, que callara entonces: estaba tan turbada.... en aquel instante tu padre me hablaba tambien y no advertí....

La hija del banquero era sencilla y cándida en demasia, y en su alma noble y elevada no cabia la idea de la falsedad.

Sonrió á Elena y estrechando su mano,

—Vamos, dijo, no te inquietes por eso, y dime por qué no me has hablado mas de ese jóven que Ricardo asegura que prefieres?

—Ese jóven es mi hermano, y sin duda le has visto ya.

—Sí: creo recordar.... pero V., Ricardo, cómo no nos lo ha presentado siendo su amigo?

—Carlos se dedica mas al estudio que á frecuentar la sociedad; además, yo no me atreví...

La situacion empezaba á ser violenta para Ricardo, colocado por primera vez entre aquellas dos mujeres, que le seducian al par.

En aquel momento, unidas por la amistad, iguales en belleza, iguales en juventud, iguales en atavío, conociendo que era amado por las dos tambien, Dervil se sentia trastornado, y sufría con lo que acaso otro, menos noble, menos leal que él hubiera gozado.

Por fortuna Héctor vino á poner término por un momento á aquella posicion extraña y enojosa.

Todos los convidados se habian entregado á la conversacion ó al juego, segun su gusto ó sus instintos, y el banquero se aproximó á su hija y la dijo con su bondad habitual:

—Fanni, si quieres complacerme, abre el piano y toca alguna de tus piezas favoritas.

—Con mucho gusto, papá.

—Y si me atreviera y no temiese molestarla, rogaria á esta linda jóven, á quien profesas tal amistad y á quien yo desde ahora ofrezco la mia, que te imitase tambien, y que nos dejara oír de cerca, esa dulce armonía que hemos percibido alguna vez, aunque de lejos.

—Tendré un placer en complacer á V., caballero, contestó Elena pudiendo apenas hablar.

Fanni obedeció á su padre y tocó magistralmente algunas piezas.

Dervil, entre tanto, se acercó á Elena y la dijo á media voz:

—No me habias anunciado tu venida á esta casa.

—Te contrarió en ello?

—De ningun modo: me has sorprendido y nada mas.

—Fanni es tan buena, me ama de tal modo y me instó con tal insistencia en nombre de su padre....

—De su padre! te conocia?

—Solo me ha visto alguna vez desde su jardin.

—Y él...

—Ha tenido empeño en que viniese, y yo tambien tenia tanto afan por verle junto á mí!

Estas palabras, escapadas de los labios de Elena involuntariamente y sin pensarlas acaso, causaron en Ricardo una extrañeza profunda.

Miró á la jóven con admiracion, pero los ojos de ésta se hallaban entonces fijos en Héctor, que se acercaba á ella, y que á su vez la miraba de un modo singular.

Dervil sintió en su corazon algo parecido á un movimiento de celos, y conoció que amaba á Elena en aquel instante.

El banquero, que habia escuchado tocar á Fanni con una especie de febril impaciencia, se aproximó exclamando:

(Continuaré).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

UNA IMÁGEN DE LA VÍRGEN.

SUCEDIDO.

Cerca de Villafranca, en Francia, á corta distancia del camino real, se vé una casita abandonada que habitaban hace cosa de treinta años una pobre viuda enferma sexagenaria y su hija única de diez y siete años. Vivian de limosna y del trabajo de sus manos. Dolores, que así se llamaba la niña, ganaba su jornal en la costura, y su madre cortaba yerba para sustentar una cabra, ó cortaba leña para las necesidades de la casa. Vivian pobres y contentas, porque esperaban

con fe cristiana una vida mejor. Miserable era, sin embargo, el interior de su vivienda; cuatro paredes ahumadas, una pobre cama, tres sillas, una mesa y un arca por único ajuar. Había en un rincón un poco de paja, donde dormía la cabra. Sobre la cabecera de la cama, Pilar, que así se llamaba la madre, había colocado una pequeña imagen de la Virgen, herencia de sus padres, y que nunca había excitado la atención ni costado mucho dinero. Pero madre é hija le tenían mucha devoción, sobre todo la madre, que atribuía á su poderoso influjo la felicidad que había disfrutado en la tierra.

Cuando las sombras de la noche comenzaban á proyectarse sobre los árboles y la campiña, y sonaba el toque de oraciones en la vecina aldea, se arrodillaban delante de esta imagen y le daban gracias por haberles concedido el pan del día: por la mañana, al despuntar la aurora, se arrodillaban también y la bendecían por haberles dado el sueño de la noche.

No consistía en esto solo el culto que Pilar dedicaba á la santa imagen, pues cansada de trabajar y debilitada por los años, confortaba su espíritu mirando el dulcísimo rostro de su Madre bendita. Cuando iba los domingos á oír misa en la iglesia de la Anunciación, admiraba el bellissimo cuadro del altar mayor, que iban á ver los curiosos de diez leguas en contorno; pero le gustaba mucho más su imagen. Preciso es advertir que ésta no era un pedazo de papel iluminado, como se venden en las ferias y mercados, sino una pintura verdadera, alterada por el tiempo.

Bellísimas las figuras de la Virgen y del Niño Jesús, se destacaban del fondo del cuadro con inimitable dulzura.

—Mira, decía muchas veces Pilar á su hija: mira con cuánta bondad nos contempla la Señora. Me parece que te estoy viendo cuando eras chiquitita y te puse en la frente una guirnalda de rosas. Sé siempre devota suya, Dolores, porque es nuestra Madre, Madre de los que sufren y lloran.

Y las dos se abrazaban tiernamente y renovaban la mata de madre-selvas ó siemprevivas que le ofrecían con frecuencia, y la Virgen parecía recibir con bondadosa sonrisa el culto humilde de aquellas almas puras.

Pero aquella tranquilidad iba á turbarse, porque Dios atribula á los que ama y cumplen su ley. Feliz el que sufre en la tierra, porque le espera recompensa mayor.

Sobrevino una furiosa tempestad en Villafraña, que destruyó los sembrados y perdió todas las cosechas, sucediendo un invierno tan crudo;

que nunca lo conocieron semejante los ancianos del país.

La miseria fué general, y los ricos, escasos, de recursos, despidieron muchos jornaleros. Pilar y su hija pasaron aquel invierno Dios sabe cómo. Vendieron su cabra que tanto estimaban; recibieron algunas limosnas del párroco, pero los socorros eran insuficientes.

—Santa Virgen, decía Dolores, salva á mi pobre madre.

—Santa Virgen de los Dolores, decía Pilar, no abandones á mi hija, aun muy niña para morir.

Volvió la primavera, y con ella renació la esperanza en el corazón de aquellas desgraciadas mujeres. Dolores volvería á su costura, y su anciana madre haría hilar de nuevo al torno. ¡Vanas esperanzas! Una mañana que Dolores recorría los campos en busca de flores para su Imagen, el propietario de la cabaña se presentó ante la pobre viuda. Era un hombre duro, sin temor á Dios ni compasión con los pobres.

—Vamos, dijo; ha vencido un año de alquiler. Como los tiempos corren malos, vengo por el dinero que se me debe.

—¡Ah! respondió Pilar; peores han sido los tiempos para nosotras. No tenemos pan, ¿cómo quereis que os paguemos nuestra deuda?

—Pues bien, replicó aquel hombre cruel, procurad buscar algún alma caritativa que os dé asilo por amor de Dios, porque mañana volveré al pueblo y saltaréis de mi casa antes de que me vaya de la aldea,—dijo con el acento de la implacable codicia.

—Dios mío, Dios mío, exclamó la pobre mujer, dadnos algunos días de plazo por ese amor de Dios que decís. ¿Qué quereis que haga de mi cama y pobre ajuar?

—¡Vuestra cama y ajuar!... ¿Estáis loca, mujer? ¿Pensáis acaso llevároslo? ¿Y quién me pagará entonces? Voy á hacer que se vendan cuanto antes.

—¿Vender mi cama? ¿qué decís? ¿quereis que muera sobre la paja?

—Os moriréis donde querais; poco me importa, lo que quiero es cobrar, y aun para esto me parecen insuficientes esos trastos viejos. Pero, en fin, probáremos.

Y como la pobre se arrojase á sus pies para que se compadeciese de su miseria, le rechazó brutalmente, y al salir le dijo: «Ya estais advertida; mañana responderéis al alguacil que vendrá de mi parte.»

(Concluirá).

(Revista Popular).

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.